

**DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE ESTADO, EXCMO. SR. D. JOSÉ MANUEL ROMAY BECCARÍA EN LA TOMA DE POSESIÓN DE LOS NUEVOS CONSEJEROS NATOS, EXCMOS. SRES. D. JUAN VELARDE FUERTES, D. DARÍO VILLANUEVA PRIETO Y DÑA. CONSUELO MADRIGAL MARTÍNEZ-PEREDA**

Hoy ingresan en el Consejo de Estado tres nuevos consejeros natos y a mí me corresponde, como presidente, el honor de pronunciar el discurso de bienvenida.

Pero antes es inexcusable hacer una referencia a los consejeros salientes. En la hora del adiós a uno le asaltan los versos de Rilke:

*Adelántate a toda despedida como si la hubieses dejado  
atrás, como el invierno que se está yendo.*

Yo no quiero adelantarme a la despedida; quiero recordar a José Manuel Blecua, Marcelino Oreja Aguirre y Eduardo Torres-Dulce como ejemplos de magníficos consejeros que

nos han honrado con su asistencia asidua a nuestros plenos y con su participación activa en nuestros debates. En todas las materias, pero principalmente en la búsqueda de la palabra exacta, en las relaciones exteriores y los intereses de España y en las del derecho procesal y penal, su maestría ha sido un auténtico lujo para esta Casa. Los tres abandonan el Consejo por haber cesado en sus respectivos cargos; pero no os preocupéis, el abandono de sus importantes responsabilidades no les restará fuerza. Recordad el soneto de Quevedo a un amigo ya retirado de la Corte:

*De todo lo que ignoras te aprovechas;  
ni anhelas premios ni padeces daños,  
y te dilatas cuanto más te estrechas.*

Estad seguros que en sus nuevos quehaceres seguirán dilatándose al servicio de la lengua, la diplomacia y el derecho; estad seguros que en sus nuevos afanes seguirán dilatándose al servicio de España.

Es un honor para mí dar la bienvenida al Consejo de Estado a mi paisano Darío Villanueva, a este catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad Compostelana, mi universidad, de la que llegó a ser rector. Pero Darío, además de gallego es de Villalba, y la cuestión no es baladí. Veréis, a principio de los años noventa los tres *tronos* de Santiago eran ocupados por hijos de Villalba: la presidencia de la Xunta, el Rectorado y el Arzobispado. Como diría otro gallego ilustre, don Ramón María del Valle-Inclán, en sus *Luces de Bohemia* –autor del que Darío es entusiasta experto– es indudable que Villalba es una cantera inagotable de *cráneos privilegiados*.

Tengo que hacer una confesión: yo envidio a Darío Villanueva; envidio su profesión. ¿Cómo se llama si no lo que sentimos quienes pasamos nuestra vida entre tratados y códigos pensando en los que la pasan entre poemarios y novelas?. Unos destripamos reglamentos, otros destripan poemas. Darío Villanueva es ciudadano de la república más

democrática y libre que existe, la República de las Letras. Una República que tiene sus dioses, a los que sólo se les exige un requisito para ser elevados a los altares: talento; y tiene sus príncipes, los poetas, la casta superior e inalcanzable, esos poetas a los que Darío adora. Ahora que están tan de moda las castas no me atrevo yo a hablar de ésta, pero sí a recordar la voz de Verlaine:

*Tu canto será la profecía  
que va extendiendo la brisa húmeda  
por la mañana sobre los campos...  
y el resto es todo literatura.*

Yo envidio a Darío Villanueva, a este experto en Quevedo, Baroja, Azorín, Pardo Bazán, Cela, Bécquer, *El Quijote* y la novela hispanoamericana actual; envidio a este hombre que vive sumergido en el océano de la literatura, en ese en el que confluyen todas las aguas, las que brotan de manantial sereno y las torrenciales, las de acuíferos subterráneos y las que manan de los cielos. En el océano de la literatura confluyen

Pascal y Voltaire, Góngora y Quevedo, Celine y Paul Celan; confluyen García Márquez y Vargas Llosa, Rosales y Lorca. Como veis, por esas aguas, por los mares de ese océano son por los que mejor navega un humilde y frágil velero, un velero llamado tolerancia.

Darío Villanueva ingresa hoy en el Consejo de Estado en su condición de director de la Real Academia Española. Ingresó en ella en el año 2007 para ocupar el sillón D; dos años más tarde sería elegido secretario, y por último, en diciembre de 2014, director. La Real Academia Española es una institución fundamental, encargada del cuidado de nuestro más preciado tesoro, encargada de la salud de la *joya de la corona*: el idioma español, ese que compartimos con nuestros hermanos de América. Recordad a Borges:

*Más allá de los símbolos,  
más allá de la pompa y la ceniza de los aniversarios,  
estás, España silenciosa, en nosotros...  
en los íntimos hábitos de la sangre.*

El idioma español es el único que planta cara al inglés en el mundo; es el que ha superado al francés en el concurridísimo y movedizo bazar de las lenguas. Es éste un acontecimiento extraordinario. Francia, su lengua y su cultura son una auténtica armada invencible, un gigante con una literatura deslumbrante llena de nombres indiscutidos e indiscutibles, celebrados *urbi et orbi*. Y en esta ocasión David ha vencido a Goliath. La humilde lengua de Gonzalo de Berceo ha derrotado al idioma de Montaigne, Baudelaire y Hugo; al idioma de *Papá Goriot*, Rimbaud y Stendhal; al de *Emma Bovary*, Camus y *El Principito*. Los españoles, huérfanos de chovinismo y *grandeur*, deberíamos reflexionar sobre este hecho prodigioso; yo sé que Darío y los demás académicos ya lo hacen en la Academia. Deberíamos estar orgullosos de nuestra cultura, de nuestro idioma, de su presente, su pujanza y porvenir; los españoles deberíamos estar orgullosos de España.

El director de la Real Academia Española no puede sustraerse a su condición de catedrático de literatura y sabe que gracias a los maestros del 98 y a unos poetas inmensos y rotos; y gracias a las palabras, los versos, los ciclones y huracanes que vinieron de América, el idioma español ha vuelto en el siglo XX a vivir otro Siglo de Oro. De allí vinieron Borges, Neruda, Paz, Rulfo y tantos otros; gigantes que hicieron que el español hollase cielos infinitos, que habitase en un mundo donde La Mancha linda con Macondo.

Toda vida es una odisea, un eterno retorno a Ítaca. Dejadme por ello contar algunas peripecias del viaje de ese joven Ulises que es el profesor Velarde Fuertes. Pero yo no quiero enumerar los méritos científicos y académicos de este Príncipe de la Economía que es también Príncipe de Asturias, para los asturianos el auténtico Toisón de Oro. No quiero enumerar sus méritos porque me ocurriría lo que a Caballero Bonald:

*Podría hablar  
y no terminaría nunca. No  
terminaría nunca.*

Yo quiero hablar del niño que antes de los ocho años ya había leído *El Quijote* y convirtió esa otra Biblia en su escuela: “cada uno es hijo de sus obras” “sé que la senda de la virtud es muy estrecha, angosta y trabajosa”. Y por esa senda transcurrió su vida, transcurrió su obra.

Quiero hablaros del humanista asturiano a través de sus libros favoritos; del hombre que admira a los grandes novelistas decimonónicos, inmensos anatomistas del alma humana, incluida el alma rusa, la más atormentada. Quiero hablaros del lector de Ibsen y de su *Casa de Muñecas*, donde empezó la emancipación femenina, y del seguidor de Thomas Mann, “pensad como hombres de acción, actuad como hombres pensantes”, porque Juan Velarde no solo ha sido un intelectual, también ha sido un hombre de acción.



Quiero hablaros del asturiano que refrendó en Chesterton su entusiasmo por el sentido común, el viento que siempre ha de inflar la vela de la vida; del hombre que admira a la vez a Whitman y a Kipling, al cantor de la democracia americana en sus *Hojas de Hierba* y al escritor que fue el heraldo del Imperio Británico, este último le enseñó a tratar del mismo modo a la victoria y la derrota, esas dos impostoras.

Juan Velarde admira a nuestros escritores del 98 y como a ellos le duele España, pero el maestro de economistas es optimista, sabe que a pesar de la dificultad de esta hora, ésta es la mejor España que nunca ha existido. Sabe que somos una gran nación, llena de potencialidades; sabe que España despertará de esta noche oscura en la que duerme –ya está despertando–. Este ilustre catedrático asturiano sabe que el futuro nos pertenece.

En esta España en la que sólo se quiere servir un plato a la mesa de la vida pública, el plato de la juventud, biografías y trayectorias como las del profesor Juan Velarde son de suma importancia. En esta hora en que se desprecia la madurez y la experiencia, oigamos la voz de Yeats, el gran poeta que Irlanda regaló al mundo:

*La decrepitud física es sabiduría; jóvenes  
nos amamos tú y yo y éramos ignorantes.*

En el Consejo de Estado sabremos aprovechar todo el caudal de conocimientos, experiencias y sabiduría que el profesor Velarde atesora.

Me referí antes con mis palabras, torpemente, a Ítaca; dejadme hacerlo ahora con el celeberrimo poema de Kavafis:

*Ten siempre en tu pensamiento a Ítaca  
llegar allí es tu destino...  
y si la encuentras empobrecida, no te ha engañado Ítaca.  
Sabio como serás, pleno de experiencias,  
comprenderás entonces lo que las Ítacas significan.*

A nuestro joven Ulises aún le quedan muchas jornadas de mar para llegar a Ítaca; mientras tanto disfrutaremos nosotros en el Consejo, una vez más, de otro Consejero que sabe lo que las Ítacas significan.

Con motivo de la toma de posesión de una ilustre Consejera, dije y cito literalmente:

“Esto no es más que una pequeña muestra del papel que desempeñan hoy las mujeres en todos los ámbitos de la vida y la sociedad española; sirvan como ejemplo los grandes cuerpos de la Administración Pública donde la presencia femenina no es que sea mayoritaria, sino que es abrumadora. Las españolas

están hollando todos los Himalayas sin más cordada que su talento, pasando de bucólico arroyo a torrencial Mississippi, cuyo caudal no hace sino aumentar; torrencial Mississippi cuyas aguas anegarán, también, este viejo Palacio de los Consejos. Las mujeres españolas han pasado de ser la excepción a ser la regla”.

Las aguas de este torrencial Mississippi han anegado también el Palacio del Marqués de Fontalba –sede de la Fiscalía General del Estado– ya que una mujer, Consuelo Madrigal, va a desempeñar por primera vez este cargo.

Yo sé que Consuelo Madrigal también padece esa enfermedad incurable del alma, esa que padecemos tantos, esa que Eduardo García de Enterría dictaminó *Fervor de Borges*:

*¿Quién es el mar, quién soy? Lo sabré el día  
ulterior que sucede a la agonía.*

Pero Consuelo ha sabido siempre quién es; ella es una insigne jurista segoviana que ha dedicado toda su vida a una única pasión, a un único amor, al Ministerio Fiscal. Es fiscal por oposición y por vocación y en su carrera ha ido escalando, lentamente, todos los escalones del *cursus honorum* hasta llegar a ser fiscal de sala, primero, y ahora Fiscal General del Estado.

Honrar a Consuelo es honrar a los fiscales de España. Es a esas mujeres y hombres a los que quiero extender este homenaje; a esos fiscales anónimos, silentes como el *abate Sieyes* durante el terror revolucionario francés y mal pagados; a esos fiscales que sirven a diario a la justicia, domeñando las enormes dificultades que se les presentan, dignificando su oficio, *Rompiendo las Olas*; a esos fiscales, auténtico tesoro oculto del artículo 352 del Código Civil, auténtico tesoro oculto de España.

La Carrera Fiscal y la Judicial, los fiscales y los jueces, sois decisivos en la lucha contra la corrupción; sois los oídos, los ojos y los brazos del Estado de Derecho en la lucha contra esa lacra. La corrupción es la lepra de la política que hiere, especialmente, la dignidad de la España que sufre. Vosotros sois la medicina más eficaz para combatir este mal; sois el bálsamo que alivia al pueblo. Debéis seguir cumpliendo vuestra función y así contribuir a la dignificación de la política.

Consuelo es una fiscal orgullosa de una Carrera Fiscal solo sometida al imperativo de la poesía de Kleist:

*Por encima de todo, siempre vence el sentimiento de justicia*

Es una fiscal orgullosa de pertenecer a una de las instituciones más importantes de nuestro Estado de Derecho, garante de

nuestros derechos y libertades; una fiscal orgullosa de la independencia de los fiscales y de los versos de Machado:

*Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito  
a mi trabajo acudo, con mi dinero pago  
el traje que me cubre y la mansión que habito,  
el pan que me alimenta y el lecho donde yago.*

Yo sé que el día de su toma de posesión sintió y recordó muchas cosas. Se acordó de su familia, de sus estudios, de su primera fiscalía en Santa Cruz de Tenerife, pero sobre todo, se acordó de sus compañeros porque para Consuelo la Carrera Fiscal, que es una carrera jerárquica tiene, sin embargo, su esencia en el poema *Piedra de Sol* de Octavio Paz, ese otro Borges:

*Los otros que me dan plena existencia,  
No soy, no hay yo, siempre somos nosotros.*

Termino ya. Espero gozar de vuestra indulgencia por mi osadía, por mi atrevimiento al haberme referido a los nuevos Consejeros a través de sus lecturas, a través de sus escritores y poetas. La razón es que han venido a mí aquellas palabras del *Max Estrella* argentino: “yo sigo jugando a no ser ciego, yo sigo comprando libros... por eso conviene mantener el culto al libro ..., porque éste todavía conserva algo sagrado, algo divino, no con respeto supersticioso, pero sí con el deseo de encontrar felicidad, de encontrar sabiduría”.

No me queda ninguna palabra por añadir, salvo las de un poeta inglés, William Shakespeare: “El resto es silencio”.

Consejo de Estado, 12 de febrero de 2015